



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 1893

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

MARTES 20 DE DICIEMBRE DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jqnes, Fauburg-Montmartre, 31.

record del crimen

El de Madrid es negro; pero el Peñalor no le va en zaga. Uno y otro parecen concebidos por el odio del mal en un momento de mal humor.

El amor de familia ha sido probado por el uno. Una mujer joven, tan joven que casi acaba de nacer á la vida del amor, se ha desviado del camino que le hubiese llevado á la dicha y se ha encontrado resuelta por el que termina el presidio.

Nada más repugnante que esa vida que protesta de los consejos de su hermana en sus cuestiones amorosas dando fuego al hogar impasivo en que fué recibida cuando se hallaba sola, robando á sus parientes, llevándose con ella un tierno niño y dejando tras de sí la intención de que el fuego destruyese la existencia de su hermana impedida, realizando por modo indirecto el más horrible de los crímenes.

¿Verdad que es repugnante? ¿Verdad que causa espanto esa mujer que despierta á la edad de las pasiones acusada de incendiaria y ladrona por su propia hermana?

Pues es más repugnante lo de Peñalor. Allí el robo se mezcla con el asesinato; y ha menudeado de tal modo el crimen, que buscando la justicia un cadáver se ha encontrado con cinco. Cinco robos, cinco asesinatos. ¿Cuántos criminales?

Dícese que el juego... En el cuartito del Francés se jugaba. Los ranchos atraían á los puntos y los desplumaban; y si caían éstos en la cuenta de la poca delicadeza del banquero protestando airados, se les daba un golpe en la cabeza y en paz. Después se les enterraba en la huerta, en esa huerta célebre don-

ARTISTA CARTAGENERO



EL ESCULTOR D. SALVADOR REQUENA



BUSTO EN BARRO DEL SR. REQUENA

Pensionado por el Ayuntamiento de Cartagena, estudia el arte de la escultura en el taller del renombrado artista D. Mariano Benlliure, nuestro joven paisano don Salvador Requena, hijo de nuestro amigo del mismo nombre.

Varias son las obras del joven artista y de ellas dicen los peritos que la pensión de Salvador Requena no es dinero perdido para el municipio que lo paga. Al contrario, el joven escultor honrará á su país, pues en todas sus obras pueden verse detalles que proclaman que el escultor cartagenero es de la madera que se hacen los buenos escultores.

Recientemente ha publicado el periódico madrileño «El Gráfico» su fotografía y una de sus obras. Esta es un busto de Velázquez, hecho en barro, que ha figurado en la última Exposición de Bellas Artes.

Entre los párrafos que «El Gráfico» dedica al joven escultor cartagenero, encontramos este que es confirmación de lo que hemos aprendido respecto de Requena en nuestras conversaciones con los artistas madrileños.

«Es un trabajador incansable, y promete honrar al Ayuntamiento de Cartagena, que lo tiene pensionado.»

Es verdad. Es muy trabajador y siente el

arte. Por serlo y por sentirlo ya ha hecho que se fijan en él y que sus obras tengan cierta publicidad. Y si los extraños le prestan atención y sacan su nombre á la luz ¿qué menos podemos hacer los de casa que lo que ha hecho «El Gráfico»?

Por eso publicamos hoy el retrato del joven artista y un grabado de su obra, deseándole frecuentes ocasiones para poder lucirse y que dé á la prensa motivo para seguir ocupándose de él y de sus trabajos artísticos.

de la justicia buscaba un cadáver y ha encontrado cinco, y Dios sabe si quedarán otros.

¿Verdad que esto es más repugnante que aquello? La mujer que ha incendiado, tomando venganza de la oposición que se hacía á sus amores, y ha robado para huir lejos con su amante puede ser una loca. El hecho de haberse llevado consigo, al huir, una sobrinita que había de estorbarle, acusa una cabeza poco firme. Pero ese hombre ó esos hombres de Lora del Río— á cuyo término pertenece Peñalor—que atraen á sus semejantes para robarles por medio del juego y asesinarlos si se enteran, esos son seres depravados, peores que las bestias, hombres que tienen la figura de tales por equivocación, porque en realidad son verdaderos monstruos.

Si á cualquier literato de ahora le diera por coleccionar causas célebres para publicarlas, ninguna podría disputar á la de Peñalor el puesto principal.

¡Pavos... y dinero!

A la hora de ahora, todos cuantos tienen el buen gusto de volver la espalda á la política, que es una manera de perder el tiempo, como otra cualquiera, entretienen sus ocios soñando con el gordo de Navidad, y el pavo tradicional.

A la verdad, el pavo, por sustancioso que sea y parezca, no es manjar delicado, y ni en vida ni en muerte resuelve ningún problema de la cocina selecta, pero en cambio, vivo ó muerto constituye un obsequio de esos que muy bien pudiera denominarse de va y ven.

Un pavo abulta más que un par de capones y es muy á propósito para salir del paso en ciertos compromisos de costumbre, porque mediante él quedan bien infinidad de personas.

Los médicos suelen ser los que reciben más pavos por este tiempo, de parte de sus agradecidos clientes; y tan pronto como esa ave simpática llega á poder del obsequiado, es reexpedida inmediatamente á otro cin-

presencia de ánimo, y olvidando su situación, se volvió hacia la señora Bernard y la dijo en alta voz:

—¡Madre mía! no me condenéis sinirme. Os juro que no he cometido ningún crimen... Os juro que no he cometido ningún crimen... ¡Si supierais!

—¡Calla!—replicó la granjera en el mismo tono;—tenía razón tu padre; ¡estás condenada y maldita!

El obsequio se había callado súbitamente, y los dos ladrones pudieron oír el diálogo entre la madre y la hija.

Al principio se quedaron asombrados de tanta audacia, y luego se levantaron blasfemando.

—¡Bien decía yo!—gritó el Manco;—esta tribuna es una espía quiere dejar escapar á los prisioneros, y el obsequio ha cortado las cuerdas.

—¡Matarlos á los dos!—balbuceó el Normandote.

Pero no pudo permanecer en pie y cayó sobre la silla, en la cual solo pudo conservar el equilibrio agarrándose á la mesa.

El Manco, mucho menos ábrío, quiso arrojarle sobre la Virolosa; pero en el momento en que pasaba cerca de Daniel, éste le asió disimuladamente de una pierna, y el bandido cayó de brazos, quedando por algunos segundos aturdido del golpe, aunque no habiendo recibido gran daño.

La Virolosa se aprovechó de aquel momento para inclinarse hacia la señora Bernard.

—Madre,—dijo precipitadamente,—vuestras ligaduras están cortadas, la puerta se halla abierta, escapáos por el jardín,

—¡No!—contestó la granjera, volviendo á otro lado la cabeza;—me quedo... No quiero deber nada á una miserable como tú.

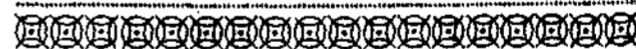
Pero la Virolosa no pudo oír esta ornel respuesta; volviéndose hacia su hijo, fingió calmarle con dulces palabras, cuando en realidad tenía el impasable valor de pellizcarlo disimuladamente para obligar á que gritase con más fuerza.

—Madre,—prosiguió á poco rato dirigiéndose á la señora Bernard;—por favor salváos!

Pero aquella vez, á pesar de los lamentos del muchacho, pudo oír distintamente esta respuesta artificio-lada con profunda indignación.

—¡Déjame, infame hipócrita! Me inspiras más horror que los ladrones y asesinos de quienes eres cómplice y amigo. ¡Que me maten, porque no podría vivir pensando que he dado el ser á un monstruo de tu especie!

A tan terrible acusación, la Virolosa perdió su



Al oír aquellos pavorosos lamentos, Daniel quiso levantarse, pero volvió á dejarse caer, considerando la inutilidad de toda tentativa de su parte para ir á socorrer al viejo Ladránje. Además, no podría dejar á María en aquel momento de crisis, ¿qué auxilio podía prestar á su paciente contra la numerosa banda de criminales que había